

ESCUELA SAN JUAN BOSCO
Pl. Fernando Reyes, 2-3
Barcelona 13

15 de noviembre de 1975

El día 28 de Octubre, y mientras los cristianos proclamábamos como cada semana el triunfo de Cristo sobre la muerte, nos dejaba



DON ROMAN TORRABELLA SIMO

En sus últimos años había tenido un contacto continuo con la muerte presidiendo las Exequias que tenían lugar por los difuntos de la Parroquia.

Rezó e hizo rezar por los muertos.

La muerte para él no ha sido algo trágico, un sumergirse en el abismo de lo desconocido. Cuando presidía tantos funerales decía que hemos de *celebrar* y no llorar la muerte y que debíamos proclamar que la muerte ha sido vencida.

Los hermanos de la Comunidad hemos constatado cómo la vida se le iba rápidamente.

A fines de julio una caída le había dejado sin fuerzas.

Los médicos le recomendaron un estricto régimen que él seguía con exigencia. Pero fue perdiendo fuerzas y la tensión disminuyó alarmantemente.

Estaba ya recuperándose cuando el día 24 de septiembre, festividad de la Virgen de la Merced, titular de nuestra Inspectoría, invitado a trasladarse con la Comunidad a una población cercana para pasar un día de campo, dijo que el próximo viaje sería para la otra vida.

¿Intuición? ¿Reacción de su natural un tanto pesimista?

Nada pudimos hacer y a los pocos días una embolia cerebral lo llevó a la Casa del Padre.

Nacido en Estach, un pueblecito de la montaña de Lérida, su lugar de nacimiento le condicionó en su modo de ser.

En él se cumple perfectamente aquello de que somos hijos de nuestra tierra. Aquellos valles cerrados, aquellas montañas nevadas, le hicieron concebir un amor grande por la naturaleza.

«A mí, llevadme a una fuente rodeada de pinos», nos decía en este caluroso verano. «Me agrada la sombra de los árboles donde descansar y liberarme del calor y el sofoco de esta Barcelona de coches y ruidos».

Le gustaba andar por los caminos y los bosques. Le gustaba la soledad y la gente sencilla. Le encantaba pasar largos ratos con los campesinos preguntando, interesándose por sus campos y sus viñas, sus cosechas y sus animales. Allí y entre ellos se sentía feliz.

Pasados los primeros años y ya adolescente, atraído por la sonrisa de Don Bosco, ingresa en el seminario salesiano donde hace sus primeros estudios. En la Familia Salesiana, a la que ama profundamente, se consagra a Dios ligándose a sus hermanos con los votos de vivir en total disponibilidad a sus superiores con una obediencia que entiende como potenciación de la persona, con una castidad que le ha dado la posibilidad de amar a todos y con una pobreza que le despegaba de los bienes de aquí abajo para tener un corazón desligado de tantos idolillos a los que adoramos con frecuencia.

Pero percibe claramente que su consagración bautismal y su profesión religiosa no tienen sentido si no es para una misión.

Y Dios le llama a entregarse a los jóvenes. Lo hace con ilusión, con generosidad, sin guardarse para sí mismo.

Si con algunos caracteres le podemos retratar a Don Román es con los rasgos de la entrega.

En su humildad y sencillez cree que no tiene cualidades, que no enseña.

Todo lo contrario. Hay que demostrarle, y no sólo con palabras, que es de los mejores maestros que tiene el colegio. Un director suyo nos decía que se vio obligado a coger varios ejercicios de alumnos de otras clases para demostrarle que nadie estaba tan preparado como los suyos en latín y matemáticas.

Había entendido perfectamente el no aparecer, el trabajar en lo sencillo, en lo oculto.

Son particularmente duros para él los tres largos y sangrientos años de la guerra civil. Ve cómo el párroco de su pueblo natal, que días antes le instaba a que permaneciera junto a los suyos, muere por su condición de sacerdote.

Aquellas primeras semanas las pasa escondido en el bosque por

miedo a ser aprehendido. Pasadas las trágicas fechas de las primeras semanas, se queda en el pueblo, dedicado a las faenas del campo, pero tiene miedo al ser instado a inscribirse en partidos de izquierda y pasa, a través de Francia, a la *zona nacional*. Pronto le vemos en distintos frentes.

Es maravilloso ver en su diario de campaña cómo hace notar con entusiasmo los días que puede participar en la Eucaristía.

Entre sus compañeros de armas sigue viva su vocación salesiana.

Terminada la guerra civil hace sus votos perpetuos en 1940.

Ya está ligado para siempre con Dios a quien se consagra definitivamente y con los jóvenes a quienes entrega su vida, sus ilusiones.

Alicante, Huesca, Barcelona-Rocafort, Mataró, Sabadell, Ripoll, Sant Vicenç, dels Horts, nuestra Parroquia y nuestro Colegio son testigos y escenarios de su generosidad y su amor.

Para él, habituado al trabajo, la enfermedad y las pocas fuerzas son particularmente penosas. Son una llamada a una fe más viva y a una forma nueva de fidelidad.

Su vida sigue siendo plenamente apostólica. Utiliza sus posibilidades concretas: actividad, reducida pero eficaz, en horas de despacho, llevando meticulosamente los libros de la parroquia y la contabilidad.

Su sufrimiento lo une a la Pasión de Cristo. El sufrimiento le ha acompañado estos últimos años.

Sufrimiento moral: su natural retraído, enemigo de distracciones, le aislabía algo de los demás.

Padece al constatar valores que cambian en la Iglesia y en la Congregación. Todo ello le hace sufrir.

Sufrimiento físico. Nos lo decía un amigo suyo: «No os podéis hacer ni idea de lo que Don Román estaba padeciendo». Y nos contaba en la intimidad una enfermedad que tenía y que él amorosamente curaba.

Entonces encontramos explicación lógica a sus formas a veces un poco cortantes y duras, sin matices.

Esta su vida doliente y debilitada le ha unido al Crucificado y ha adquirido un valor redentor.

En sus largas horas de soledad la Oración ha sido su mejor amiga. Lo recordamos cada mañana con su breviario entre las manos a la puerta del Colegio, con su libro de Oración y Meditación en el confesionario.

Las flores que una mano delicada puso en su confesonario son símbolo del amor que allí ha derramado, de las lágrimas que ha

enjugado, de la esperanza que ha suscitado; símbolo también de este perdón de un Dios que salva y perdona por medio de la Iglesia.

En su consagración religiosa se comprometió en ser fiel hasta la muerte. Con ella ha dado su último «Sí, Padre», su «Todo se ha consumado». Aceptó ir muriendo a sí mismo para vivir la vida nueva del Resucitado.

Sus hermanos le hemos acompañado en esta perspectiva de Fe y de Amor.

Don Bosco nos dice que cada mes nos *ejercitemos* en la Buena Muerte. Así aprendemos a morir un día.

Por eso miramos la muerte cara a cara y sin tristeza.

Ha transcurrido su vida en el servicio a Dios a través de sus hermanos los jóvenes, los sencillos, los enfermos.

Por eso le habrá dicho Jesús: «Ven, bendito de mi Padre, hereda el Reino preparado para ti desde la Creación del mundo».

«Ven, siervo bueno y fiel, entra en el gozo de tu Señor».

Con la esperanza de encontrarnos con él le hemos despedido.

Descanse en paz, Don Román, el amigo de los humildes, de los sencillos, de los niños.

SUS HERMANOS DE COMUNIDAD

Datos para el Necrologio:

Sac. ROMAN TORRABELLA, nacido en Estach (Lérida-España) el 22.2.1914. Profesó el 30.7.1933. Sacerdote 25.6.1944. †Barcelona 28.10.1975 a 61 años y 42 de profesión.